Mundial, fútbol y carnaval

por Hernán Neira*

El Mundial se parece al carnaval. Sólo se parece. Carnaval: fiesta de derroche, de desenfreno, fiesta de la transfiguración, donde las personas se convierten, durante unos pocos días, en quienes no son, y viven imaginariamente en medio de actividades y multitudes que permiten olvidar quién se es. Especialmente que se es pobre: "La felicidad del pobre parece / la gran ilusión del carnaval", escribía Vinicius de Moraes en *Orfeo de la Concepción* (1954).

Orfeo de la Concepción se desarrolla durante el carnaval de Río. Los personajes deben luchar contra la muerte, que deambula disfrazada de sambista y que se confunde con la multitud en medio de los bailes y del descuido de la muchedumbre por la tragedia que los protagonistas están viviendo. Nadie puede ayudarlos, nadie siquiera percibe el desastre que se avecina, pero la música no para de sonar, ni los *favelados* (habitantes de las favelas) cesan de *sambar*.

Los bailes del carnaval, gestionados por los mismos participantes, se han ido convirtiendo, en Río, cada vez más en un espectáculo para la televisión. Así le pasa al Mundial –no al fútbol. Es que hace mucho el Mundial dejó de ser una "pasión popular" para transformarse en una pasión financiera y política que utiliza la competencia al servicio de intereses propios. El gestor es la FIFA, pero esa institución, por grande que sea, es apenas la punta de iceberg de infinidad de negocios.

Andrés Gana, Gol de la luna, 1997

El Mundial es sustituto global del fútbol. Global, porque lo dirige una institución internacional, la FIFA, aunque sometida al derecho privado suizo; porque tiene efectos en todo o casi todo el planeta; abarca el conjunto de la actividad humana (cultura, ocio, gastos, expectativas, rivalidades, afinidades); compromete a naciones; su gestión supone problemas de gobierno; por tener como requisito un sistema rápido y planetario de transporte; por financiarse a través de empresas mundiales; y porque no está asociado a ninguna de las tendencias políticas principales de Occidente (derecha e izquierda).

Desde hace milenios, los grandes espectáculos públicos son un asunto político (en Grecia, en Roma, en el México azteca). En eso no hay nada criticable; que se generen afinidades y rivalidades futbolísticas, tampoco; que algunas empresas hagan negocio con ello, también es admisible. Pero el cálculo de oportunidades político-económicas del Mundial ni es neutro, ni una pasión, ni una fiesta popular. Y menos un deporte.

La participación de los *favelados* en las antiguas escuelas de samba, que requerían un año entero de preparación, era esencialmente popular. En la mayoría de las ciudades intermedias de Brasil todavía el carnaval se da así. También la práctica del deporte supone la participación personal en la actividad, mientras que el Mundial supone una marginalización del espectador, que es desplazado desde el centro de la cancha a la gradería, convertido en observador y consumidor del juego y de productos "mundiales".

El Mundial es uno de los ejemplos más exitosos de despolitización de la sociedad. Y la despolitización es una forma de dominio. En el caso del último Mundial, se ha notado más que en oportunidades anteriores gracias a una sociedad que se ha vuelto más vigilante y que ya no cree que los problemas principales de un país se resuelvan con autopistas, aeropuertos y estadios. El Mundial –también en Chile-, coloca las aspiraciones de la vida al servicio de una forma de poder, que parece reconciliar las fuerzas que se oponen a él en favor del *statu quo*, como decía Marcuse en *El hombre unidimensional*. El deporte futbolístico de competencia, transformado en el Mundial 2014, es uno de los grandes objetos de codicia política, porque permite reorientar las inversiones desde los servicios públicos a una compra de infraestructura que más satisface la ideología productivista que las necesidades de la población.

¿Por qué? Porque en muchos casos la infraestructura de estadios, autopistas y aeropuertos no es la prioridad social, cultural ni medioambiental de la población, pero sí del engranaje económico financiero.

La población latinoamericana no quiere tantos estadios "clase FIFA", sino escuelas y hospitales de clase mundial, en el mismo barrio en que los domingos juega a la pelota. A esas canchas domingueras, como a la escuela o al hospital de barrio se llega a pie o en bicicleta, no en un avión. Y los jugadores del barrio no juegan por millones de dólares, sino por unas cuantas sonrisas.

El Mundial es un espacio para alcanzar triunfos colectivos que sólo se contemplan desde fuera, donde la ilusión no se vive ya jugando, sino viendo jugar y derrochando para que otros se beneficien del derroche. El Mundial es el anticarnaval, porque se mira desde las graderías o ante la televisión. Como fervor, es la fría organización de traspasos de la economía de los ciudadanos a la economía de algunas empresas mundiales, que de otra forma no lograrían vender productos que, probablemente, no necesitemos. Y, al necesitar lo innecesario, y aplastar con transmisiones monotemáticas otras noticias y otras formas de deporte y de expresión cultural, nos volvemos más pobres. ¿A qué precio hace feliz el Mundial? ■

La felicidad del pobre parece
La gran ilusión del carnaval
La gente trabaja el año entero
Por un momento de sueño
Para hacer la fantasía
Del rey, del pirata, o de la jardinera
Y todo se acaba el miércoles
La tristeza no tiene fin
La felicidad sí

Orfeo de la Concepción

Vinicius de Moraes

*Profesor de la Universidad de Santiago de Chile y escritor. www.neira.cl